

# LA INTEGRACIÓN COMERCIAL DE MÉXICO A ESTADOS UNIDOS Y CANADÁ *¿Alternativa o destino?*

por  
VÍCTOR M. BERNAL SAHAGÚN • VÍCTOR CARLOS GARCÍA MORENO  
LUIS GONZÁLEZ SOUZA • MARÍA TERESA GUTIÉRREZ HACES  
ARMANDO LABRA M. • ELAINE LEVINE • IRMA MANRIQUE CAMPOS  
GILBERTO ORTIZ MUÑIZ • ARTURO ORTIZ WADGYMAR • JOSÉ RANGEL  
BENITO REY ROMAY • CARLOS A. ROZO BERNAL  
ALEJANDRA SALAS-PORRAS • JOHN SAXE-FERNÁNDEZ  
ANTONIO TENORIO ADAME



siglo  
veintiuno  
editores

INAM

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN, <i>por</i> BENITO REY ROMAY	9
INTRODUCCIÓN GENERAL, <i>por</i> ARTURO ORTIZ WADGYMAR	11
LA NOTICIA EN LOS DIARIOS, <i>por</i> LORENZO MEYER y SERGIO DE LA PEÑA	15
LOS AUTORES	21
EL TRATADO DE LIBRE COMERCIO MÉXICO-ESTADOS UNIDOS, EN LA PROBLEMÁTICA ECONÓMICA Y SOCIAL ESTADUNIDENSE, <i>por</i> ELAINE LEVINE	27
Estados Unidos en un ámbito internacional cambiante, 27; Algunas contradicciones económicas y políticas internas, 35; La perspectiva de un tratado de libre comercio con México, 41	
EL NEOPROTECCIONISMO NORTEAMERICANO ANTE EL TRATADO DE LIBRE COMERCIO MÉXICO-ESTADOS UNIDOS, <i>por</i> ARTURO ORTIZ WADGYMAR	44
i. Marco general, 44; ii. ¿Libre comercio o anarquía transnacional?, 46; iii. ¿La relación comercial México-Estados Unidos, dos políticas opuestas o ensambladas?, 46; iv. México en el librecambismo total; Estados Unidos en el proteccionismo mercantilista del siglo xvi, 47; v. El Tratado de Libre Comercio México-Estados Unidos (tres hipótesis), 52; vi. Por qué debe México exigir reciprocidad, 56	
LA INTEGRACIÓN DESDE LA PERSPECTIVA NORTEAMERICANA, <i>por</i> ARMANDO LABRA M.	62
Propósito, 62; Eventos en Norteamérica, 63; El mundo en desarrollo desde Estados Unidos, 71; Consideraciones sobre México desde el entorno, 74; Posibles caminos a seguir, 79; Última consideración, 81; Bibliografía, 82	
ASPECTOS ESTRATÉGICO-MILITARES INMERSOS EN EL PROYECTO DE INTEGRACIÓN DE AMÉRICA DEL NORTE, <i>por</i> JOHN SAXE-FERNÁNDEZ	84
Aspectos políticos: los "cruces" en las líneas de mando, 90; Petróleo, petroquímica y "seguridad nacional", 95; Los cruces entre "seguridad nacional", los bancos y las empresas, 96	
MÉXICO, EL TRATADO DE LIBRE COMERCIO Y LOS TIGRES DEL ESTE ASIÁTICO, <i>por</i> JOSÉ RANGEL	104
Introducción, 104; La preocupación por los países asiáticos, 107; Cambio en los patrones comerciales de Estados Unidos. El surgimiento de la presencia asiática, 108; La irrupción asiática, 110; Dinamismo y flexibilidad asiáticas, 111; La respuesta estadounidense, 113; México y el Tratado de Libre Comercio, 116; Conclusiones, 124	

LA NOTICIA DE LOS DIARIOS:  
TRATADO DE LIBRE COMERCIO MÉXICO-ESTADOS UNIDOS.  
NADA ASEGURA QUE SEA LA VERDADERA FÓRMULA DEL  
ÉXITO. PRECISO ACLARAR QUIÉNES GANARÁN Y  
QUIÉNES PERDERÁN\*

LORENZO MEYER

La semana pasada el presidente pidió a "toda la sociedad" que participe en un debate sobre una parte medular de nuestro futuro: las nuevas relaciones comerciales de México con el resto del mundo.

Desafortunadamente, el tema de la relación entre el comercio exterior, el crecimiento económico y la distribución de los beneficios, no es uno al que los no especialistas —la enorme mayoría de los mexicanos— nos podamos meter sin más. El asunto es complejo, y el debate al respecto, para que éste realmente exista y no sea mero recurso demagógico del gobierno o de la oposición, debe darse entre representantes calificados de las diferentes escuelas económicas y éstos, a su vez, deberán conducirlo de tal modo que todos podamos entender la parte medular del argumento: lo que vamos a ganar o perder —como país, clase, grupo o individuos— con una política de libre comercio que, a querer que no, nos acerca e integra cada vez más al único mercado que realmente puede abrirse de manera significativa a nuestros productos y demandas, posibilidades y necesidades: el norteamericano.

*Paso hacia la integración con Estados Unidos*

El debate a que se ha hecho referencia, y suponiendo que realmente se dé, se inicia bastante tarde, pues independientemente de su resultado el gobierno hace tiempo que empezó a actuar por su cuenta en asuntos que nos atañen a todos. En efecto, gracias a indiscreciones (¿deliberadas?) de la prensa norteamericana (*Wall Street Journal* del 27 de marzo) nos enteramos que a fines de febrero José Córdoba y Jaime Serra fueron a Washington a iniciar la negociación de un posible acuerdo de libre comercio con Estados Unidos. En realidad los dos altos funcionarios estaban entonces sólo poniendo una piedra más en un camino que se empezó a trazar hace varios años, poco después de que estallara en 1982 la crisis definitiva del modelo

\* Tomado del periódico *Excelsior*, 11 de abril de 1990.

económico basado en el proteccionismo. En efecto, al concluir el sexenio pasado ya estaban liberadas 76% de las importaciones. Así pues, a estas alturas ya no hay mucho más que negociar respecto a la destrucción de nuestra vieja muralla proteccionista.

Sidney Weintraub, economista norteamericano de la Universidad de Texas, nos dice en un libro que acaba de aparecer (*A marriage of convenience: Relations of Mexico and the United States*) que, de hecho, ya existe una interacción informal de las economías de México y Estados Unidos. Los indicadores al respecto son muchos. En 1987 68.3% de las exportaciones mexicanas tuvieron como destino a Estados Unidos. El elemento crucial de este intercambio fueron las manufacturas y el valor agregado por la actividad maquiladora; más de 60% de estos productos tuvieron como destino el mercado norteamericano. Es más, si se toma sólo el monto de manufacturas mexicanas adquiridas por las diez empresas compradoras extranjeras más importantes en ese año, 80% fue a Estados Unidos. En resumen, cuando hablemos del comercio libre, de nuestra relación con bloques económicos, etc., debemos estar conscientes de que a estas alturas los dados ya están cargados: la liberación de nuestro comercio se ha hecho dentro de una estructura que está predeterminando la zona económica del mundo a la que nos vamos a ligar. Por lo tanto, hablar ahora de una relación de libre comercio con el exterior es, de hecho, hablar de un paso en la integración mexicana al gran mercado de América del Norte, hoy formado por Estados Unidos y Canadá. No siendo economista, mi contribución al debate sobre un tema tan crucial para la vida futura de la nación mexicana sólo se puede colocar en el plano de los antecedentes históricos, que no tienen por qué determinar lo que hagamos en el futuro, pero que sin duda nos facilitan adquirir la perspectiva adecuada. Y aquí hay que empezar con tres afirmaciones. Primero, siempre han sido las grandes potencias centrales las que han pregonado las bondades del libre intercambio; segundo, esa doctrina siempre ha llegado a México acompañada de presiones; finalmente, y hasta antes de la coyuntura actual, México resistió esas presiones y cuando cedió lo hizo sólo parcialmente.

El origen del debate sobre la naturaleza del comercio exterior mexicano lo podemos situar en el mismísimo siglo XVI; tras la derrota de la llamada "Armada Invencible" española, los ingleses se propusieron usar su superioridad naval para abrir las colonias españolas en América al comercio inglés. En el siglo XVIII el viejo y agudo proteccionismo español por fin empezó a ceder ante el empuje económico y militar de los ingleses —campeones ya de la libertad de comercio— y el gobierno de Madrid se vio obligado a permitir el ingreso limitado de mercaderías británicas (incluidos los esclavos africanos) y la apertura de representaciones comerciales inglesas en Veracruz, Campeche y en la propia ciudad de México.

Con la independencia, la presión británica por abatir todas las barreras

a la libre entrada de sus mercancías a México —y al resto de América Latina— aumentó y encontró partidarios dentro de la nueva nación. En la primera mitad del siglo pasado 40% del comercio mundial de manufacturas se originaba en Inglaterra, de ahí que los británicos condicionaran su reconocimiento de la independencia mexicana a la firma de un tratado comercial entre los dos países, hecho que se dio en 1825. El tratado incluyó la cláusula de la nación más favorecida y constituyó un marco jurídico para el dinámico comercio angloamericano, pero no logró destruir por completo la tradición proteccionista.

El México del siglo XIX, incluso bajo los gobiernos más liberales, nunca pudo dejar de cobrar impuestos a las mercancías que entraban y salían de su territorio, pues los ingresos de las aduanas proveían el grueso de los siempre escasos dineros fiscales. Algunos de estos aranceles eran altos, hasta del ciento por ciento. Sin embargo, en la práctica, el contrabando hizo que una parte sustantiva de lo que entonces entraba y salía de México lo hiciera sin pagar impuestos. Entre las grandes casas comerciales de la época no era extraordinario encontrar que 70% de sus mercancías importadas fueran de contrabando (algunas pusieron fábricas que sólo servían para poner el sello mexicano en textiles contrabandeados), hecho que no ayudó en nada a proteger y desarrollar una planta industrial mexicana digna de tal nombre.

Al concluir la primera guerra mundial el grueso de las manufacturas que México adquiría en el exterior dejaron de provenir de Inglaterra y, en su lugar, llegaron de Estados Unidos, y en menor medida, de Alemania. Los aranceles siguieron en su sitio y, básicamente, por las mismas razones que en el pasado: eran, junto con los impuestos a las exportaciones de petróleo y minerales, la principal fuente de ingresos del gobierno. Durante la segunda guerra mundial, en diciembre de 1942 para ser exactos, se firmó un tratado comercial entre México y Estados Unidos país con el que en ese momento México efectuaba 90% de su comercio exterior. Este acuerdo disminuyó considerablemente los gravámenes al comercio mexicano, no a la vez que fijó a niveles relativamente bajos los precios de las exportaciones mexicanas de materias primas.

El tratado de 1942 y el tipo de intercambio comercial de la segunda guerra se pueden ver como el precedente de lo que hoy está sucediendo en la relación comercial México-Estados Unidos (la integración), pero al concluir el conflicto mundial México dio marcha atrás y se lanzó por el camino opuesto, y de manera más decidida que en el pasado. En contra de los deseos norteamericanos, el gobierno de Ávila Camacho, pero sobre todo el de Miguel Alemán, dieron forma a una complicada barrera de aranceles y disposiciones burocráticas cuyo fin era permitir que surgiera y prosperara una industria manufacturera mexicana, que acabó siendo poco eficiente y no muy bien planeada.

La historia nos dice que el comercio internacional cuasi libre del siglo

XIX y principios del actual finalmente no desembocó en un desarrollo económico sano.

El período de libre intercambio de la segunda guerra fue muy productivo, pero duró muy poco y se hizo bajo condiciones extraordinarias, donde todas nuestras exportaciones tenían demanda en grande. El proteccionismo posterior a la guerra tuvo un momento de gran gloria —el “milagro mexicano”— pero un final catastrófico. Ahora y como resultado de todo lo anterior, el gobierno mexicano ha decidido llevar a cabo una ruptura definitiva con la añeja tradición proteccionista y buscar la modernización económica por la vía de la libertad de comercio; repetir el experimento 1942-1945 pero de manera permanente.

El que nuestra tradición histórica sea contraria a la libertad de comercio propuesta por la teoría liberal y sobre todo propuesta siempre por la gran potencia hegemónica del período —Inglaterra primero y Estados Unidos después— no quiere decir que tal tradición deba mantenerse. Sin embargo tampoco se puede argumentar que debido al fracaso histórico del proteccionismo mexicano el camino opuesto, el del libre comercio, sí nos va a permitir encontrar, por fin la verdadera fórmula del desarrollo económico. La libertad de comercio, por sí sola, no es garantía de éxito. En realidad, hay casos de aperturas que causaron daños enormes a las sociedades periféricas. Los británicos, por ejemplo usaron su poder político para abrir totalmente a la India al comercio exterior en el siglo XIX; el resultado fue que por una parte la India aumentó sus importaciones de textiles europeos de un millón de llardas en 1814 a 95 millones en 1870, pero por otra, en ese mismo período la producción manufacturera de la India pasó de representar alrededor de 19% de la mundial a sólo 3%. Para la India, la libertad de comercio con Europa significó su desindustrialización, y lo mismo puede decirse respecto a China. ¿Qué seguridad hay de que a México no le sucederá algo semejante en la nueva relación con Estados Unidos?

En cualquier caso, el nuevo modelo económico significa dentro y fuera de México que unos grupos sociales se van a beneficiar y otros van a perder: ¿cuáles van a ser esos grupos en México y Estados Unidos?, ¿cuál será el destino de los perdedores mexicanos, particularmente de los pertenecientes a las clases populares? Es indispensable discutir públicamente esas y otras de las agudas aristas del problema que implica seguir adelante con un esquema de libre comercio, y tomar una decisión apoyada por el grueso de la sociedad teniendo plena conciencia de los beneficios y los costos de mediano y largo plazo.

Pero ¿es realmente posible llevar a cabo el debate cuando el reloj de la integración marca ya el cuarto para las doce?

¿Es posible hacerlo en un sistema político como el nuestro —con partidos políticos débiles y con medios de comunicación electrónica carentes de pluralidad? La respuesta pareciera ser no y, sin embargo, hay que intentarlo.

## LA NOTICIA EN LOS DIARIOS: IDEA DE AMÉRICA LATINA. NUEVA IDENTIDAD\*

SERGIO DE LA PEÑA

La vieja idea bolivariana de la unidad de América Latina nació con un defecto de principio. Tenemos casi los mismos orígenes, pero pocos intereses suficientemente poderosos para vencer las ventajas y resistencias de mantenerse aislados entre sí. Cada uno establece por su cuenta sus vinculaciones con el resto del mundo. La avaricia de los poderosos de cada país ha determinado hasta ahora que es mejor caminar solos que mal acompañados, aun si se hacen saludos a la bandera de una unión latinoamericana que pocas veces ha tenido vida como unidad. Más frecuente es que se saque del ropero el cadáver, para dar algunas batallas, con la esperanza de que las gane como el Cid Campeador.

El esfuerzo del latinoamericanismo más reciente, y tal vez el más vigoroso que hemos vivido desde la independencia, surge con la gran crisis de 1929, se desarrolla en la posguerra y fracasa hacia principios de los setenta. El ciclo permite hacer la autopsia, para conocer las causas de su defunción más reciente.

Se reconoce que el impulso a esa unidad latinoamericana provino sobre todo de los efectos devastadores de la crisis de 1929, con su amenaza de abogar por igual a todos los países del área, mediante la brutal astringencia de las exportaciones. Fue la época de oro de los pactos de protección de las exportaciones latinoamericanas, que se concretaron entonces y más adelante en diversos acuerdos. También dio cuerpo a los apetitos de industrialización, los cuales sin remedio pusieron en pugna los intereses nativos con los de los productores del extranjero que dominaban nuestros mercados.

La simultaneidad de la relación hostil que confrontó a las burguesías y oligarquías latinoamericanas con la norteamericana en particular, por el espacio económico de cada país, alimentó vigorosa resistencia nacionalista. Fue un nacionalismo económico que disputó su propio espacio al resto del mundo, y específicamente a las naciones desarrolladas. Esa precisión del deslinde con los intereses de los más avanzados hizo posible militar al mismo tiempo por la unidad latinoamericana sin contradicción. Después de todo el proceso de industrialización que de una u otra forma se emprendió en cada país del área, en general no los enfrentó entre sí. De esta mane-

\* Tomado del periódico *Excelsior*.